VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA
DE
LITERATURA Y BELLAS ARTES
APARECE LOS DOMINGOS

Año I	Montevideo, Noviembre 21 de 1897	Núm. 21

Director y Redactor:
RAFAEL J. FOSALBA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Capital un mes . . . . $ 0.50
Campaña y Exterior un mes . . » 0.60
Número corriente . . . . . . » 0.20
Dirección y Administración: Convención 82

Administrador:
A. Julio Botta
Gerente:
Máximo Seré
Secretario de Redacción:
Fermin Héctor Casas

GALERÍA DE BELLEZAS URUGUAYAS

(MARAGATA)

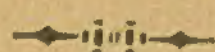


CORINA MACCIÓ

(Fotografía de Juan M. Chanfraun)

SUMARIO

JUEGOS FLORALES



Deseando propender al desarrollo de las Bellas Letras en nuestra Pátria, y notando la falta de estimulo y la sobra de indiferencia por todo lo que se relaciona con la literatura, la Dirección de la Revista VIDA MONTEVIDEANA, con la autoridad que le prestan sus numerosos y notables colaboradores, ha acordado establecer un Certámen Literario y Juegos Florales, de los que ha de redundar mayor beneficio por la causa de la ilustración intelectual de los orientales.

El momento no puede ser más oportuno, por cuanto dentro de poco se elevará en la ciudad de San José de Mayo el primer monumento á la memoria del prócer de la Independencia Uruguaya, General don José Gervasio Artigas.

Así, la Dirección de VIDA MONTEVIDEANA hallará la forma adecuada para que en la solemnidad de la erección del monumento, se efectúen en la ciudad de San José de Mayo los Juegos Florales, cuyas bases son las que van en seguida.

TEMAS:

TEMA A — Composición en verso á Artigas.
TEMA B — Poesia ó canto al Amor.
TEMA C — Trabajo en prósa sobre los destinos del Arte.
TEMA D — Trabajo en prosa sobre las causas del decrecimiento del matrimonio en la República.
TEMA E — Soneto con libertad de temas.
TEMA F — Causas del indiferentismo por la literatura nacional.

Hay que advertir que todas las producciones deberán ser inéditas, y los artículos en prosa no podrán exceder en estención á dos páginas de la revista VIDA MONTEVIDEANA.

Los trabajos deberán ser presentados á la Dirección de VIDA MONTEVIDEANA antes del 1° de Febrero de 1898, debiendo ir en dos sobres distintos: en uno, el trabajo con un lema; en otro, el lema anterior en el sobrescrito, y dentro del sobre cerrado y lacrado, la firma del autor y su domicilio. Este último sobre se abrirá en caso de que resultase premiada la composición que lo acompañe; y de nó, será devuelto sin abrirse, al interesado.

El Jurado se compondrá de seis literatos de nota de la República, cuyos nombres se harán conocer brevemente por medio de la prensa, así como también se publicarán los títulos y lemas de los trabajos que se vayan presentando al concurso.

El Jurado dictaminará cual de las composiciones de cada tema merece compensarse con los siguientes

PREMIOS:

TEMA A: 1er. premio: Medalla de Oro — 2° Medalla de bronce — 3° Mención honorífica.
TEMA B: 1er. premio: La rosa natural — 2° Mención honorífica.
El agraciado con el primer premio en este tema, elegirá la Reina del Torneo.
TEMA C: 1er. premio: Un pensamiento de oro esmaltado — 2° Mención honorífica.
TEMA D: 1er premio: Un lapicero de oro y brillantes—2° Mención honorífica
TEMA E: Unico premio: Medalla de bronce.
TEMA F: Unico premio: Medalla de bronce.

Las composiciones premiadas se publicarán en la revista VIDA MONTEVIDEANA, y serán leidas por sus autores en el acto de la distribución de los premios, la que tendrá lugar en la ciudad de San José, el dia y hora que acuerde la Comisión de los festejos en honor de Artigas, en combinación con la Dirección de VIDA MONTEVIDEANA.

ULALUME

EDGARD ALLAND POE

Publicamos hoy este poema de Edgard Alland Poe, por primera vez traducido al castellano. Según la autorizada opinión del notable crítico Santiago Pérez Triana,—que escribió el prólogo de la traducción de *El Cuervo* hecha por Pérez Bonalde,—*Ulalume* es la más característica de todas las poesías de Poe, la que espresa mejor la índole de su espíritu, su naturaleza originalísima, su fantasía avasalladora, misteriosa y profunda.—Cabe al inspirado poeta argentino Leopoldo Diaz, el honor de haber vertido por primera vez al castellano esa composición; y lo ha hecho con la mayor fidelidad posible, ajustándose estrictamente al original, conservando el ritmo, la estructura, los giros propios del genial poeta, cuyas obras son de la más difícil traducción. Diaz lo confiesa francamente; cuatro meses ha empleado para hacer la traducción de *Ulalume* porque se propuso llevarla á cabo de modo que la poesía perdiera lo menos posible de su fuerza, de su colorido, de su harmonía, al ser vertida á nuestro idioma.—En cuanto á la poesía misma, los inteligentes sabrán comprender su belleza, la fantasía genial y la profunda intensidad de sentimiento que revela.

El cielo estaba gris, mústias las hojas,
Encogidas las hojas y abrasadas.
Era, del solitario mes de Octubre,
Noche sombría, en época lejana,
Próximo al lago de Auber, en la obscura
Tierra de Weir, brumosa y encantada —
Junto al ciénago de Auber, en la triste
Rigión de Weir, vampírica y extraña.

Por la inmensa avenida silenciosa
De cipreses titánicos, vagaba—
Por la inmensa avenida de cipreses,
Vagaba junto con Psiqué, mi Alma,
Cuando mi corazón era volcànico.
Como los ríos de encendida lava—
Como los ríos de encendida escória
Que su corriente sulfurosa arrastran,
Y de la cumbre del Yanek descienden.
Allá, del polo en la región helada—
Que, gemebundos, el Yanek descienden,
Del Polo Norte en la región ingrata.

Nuestro diálogo fué grave y tranquilo:
Graves fueron tambien nuestras palabras
Más quedó el pensamiento adormecido,
Y la memoria, soñolienta y lánguida,
Que era noche de Octubre, no advertimos
(¡Ah! Noche de las Noches.....Noche infausta!)
Ni el triste lago de Auber, recordamos
(Aunque en otro momento hasta él llegara)
Ni el triste lago de Auber, ni la obscura
Región de Weir, vampírica y extraña.

Y, mientras que la noche envejecía,
Y anunciaban los astros la mañana,
Y auguraba el cuadrante su venida—
Al fin de la arboleda solitaria
Fulgor opaco y nebuloso vimos,
Del que surgió la media luna mágica—
La luna de Astarté, con doble cuerno,
Con doble cuerno, diamantina y clara.

« Rueda á través de un éther de suspiros,
Y es—dije—más ardiente, más que Diana—
El llanto vió correr por las mejillas
Donde el gusano, sin morir, se arrastra;
Por mostrarnos la ruta de los cielos—
La paz Lethéa de los cielos, marcha:
Las estrellas del León ha transpasado—
La guarida del León dejó á su espalda—
Y, á despecho del León, brillan los ojos
Y el amor reverbera en su mirada. »

Más Psiqué dijo levantando el índice:
« Tiene aquel astro palidez extraña—
Hondo recelo inspírame. .. ¡alejémonos!
Huyamos pronto de su luz nefasta!
Oh! volemos!.. volemos! »—Y en el polvo
Rozaron los extremos de sus álas—
Y me habló, de terror estremecida,
Y, en el polvo, caer dejó sus alas—
Sollozó con angustia, tristemente
Arrastrando las plumas de sus álas.

« ¡Delirios son!—le respondí—sigamos
A favor de esta luz, trémula, y diáfana!
Su esplendor Sibiliano está irradiando
A un tiempo, la Belleza y la Esperanza!
Mira! el camino de los cielos busca
Y, á través de la noche, se adelanta—
Confiar podemos en su luz benigna
Que ha de llevarnos á segura playa—
Confiar debemos en su luz tranquila
Qué, á través de la noche, al cielo avanza! »

Y, de Psiqué venciendo los terrores,
Tornó á su pecho la perdida calma,
Y la induje, venciendo su tristeza,
Venciendo sus temores, y besándola,
A seguir hasta el fin, cuando de pronto,
De la avenida al fin—nuestra mirada
Detúvose en la puerta de una tumba,
La puerta de una tumba legendaria:
¿Qué hay escrito—la dije—qué hay escrito,
De esa tumba en la puerta, dulce hermana?
« Ulalume!... Ulalume!... » ella repuso;
« Tu perdida Ulalume, idolatrada!... »

Quedó mi corazón, mústio y sombrío
Como las hojas secas y crispadas—
Como las hojas secas y encojidas—
Y, «fué octubre, sin duda, murmuraba—
En *esta* misma noche cuando vine
Aquí, trayendo abrumadora carga—
Del año que pasó, fué en esta noche,
En esta noche, cual ninguna infausta.
Ah! qué demonio me empujó á este sitio
Y me condujo á esta región fantástica!
Bien conozco este mundo largo de Auber—
Y esta tierra de Weir, fosca y nublada:
Reconozco el obscuro largo de Auber—
Y de Weir, la región brumosa y áspera:
Es el ciénago de Auber, es la triste
Región de Weir vampírica y extraña! »

LEOPOLDO DIAZ.

Pensando en tí

Pensando en tí, cuando despierta el día
Y está la aurora en todo su esplendor,
Creo hallar en sus rayos alegría,
Y un dulcísimo beso en cada flor.
Pensando en tí, cuando ya el sol declina
Envolviendo la tierra en su fulgor,
Creo hallar en la bella golondrina
Una fiel mensajera de mi amor.
Pensando en tí, al estender su manto
La triste noche, entónces ¡ay! deliro,
Hallo en su obscuridad todo el encanto
De tus ojos severos, y ¡suspiro!

MARÍA H. SABBIA Y ORIBE.

Montevideo, Noviembre 20 de 1897.

Canción Slava

A Horacio Carvalho.

TRADUCIDO DEL PORTUGUÉS, ESPECIALMENTE PARA VIDA MONTEVIDEANA, POR FRANCISCO C. ARATTA.

Damos hoy á nuestros lectores una página de la literatura brasilera jóven, de aquella que forma la corona de la gloria intelectual de la gran nación que supo dar al mundo el hermoso ejemplo de la evolución pacífica de la Monarquía vetusta á la Democracia que la prepara para mayores destinos. Virgilio Varzea acaba de enviar á nuestro colaborador Francisco C. Aratta una carta en la que sella la fraternidad de los literatos de ámbos paises, y el lazo es de oro por el mérito de las dos intelectualidades.—*La Cancion Slava* de Virgilio Varzea es, como todo lo suyo, una página pintoresca del sentimiento, algo de nuevo, algo lleno del perfume de los naranjales del trópico y de los esplendores de sus grandes panoramas naturales... Seguros que nuestros lectores nos agradecerán el espléndido obsequio de la traducción de *Canción Slava*, se la presentamos enseguida, sintiendo no poderles trasmitir el encanto de ciertas palabras brasileras, dulces como las miradas de fuego de sus hermosas mujeres; de cadencias suaves, como el canto de sus sabias ocultos entre las frondas de los bananos y los guayabos de flores encendidas...

Sobre la borda oscilante, en la larga toldilla del vapor, en un rincón aislado de los balaustres de popa, donde se levantaba el camarin de mando y el timonero hacia girar, vivamente, los rayos de la rueda, en medio de continuos balanceos, él miraba, tristemente, por la vez postrera, las formas recortadas y vagas de la costa, que se esfumaban suavemente á la distancia, en el azulamiento fosco del cielo.

Y, torturado por el recuerdo, el espiritu abatido, en una inmensa desolación, por aquella separación cruel que el destino le impusiera, súbitamente, con su acostumbrada potencia abrumadora, mudo, la cabeza plegada, indiferente á todo y á todos, como en un sonambulismo, el pobre muchacho soñador, iba desfilando, lentamente, entre convulsiones impetuosas de lloro, que lo sofocaban, á veces, la romanza enternecedora de todos los afectos que habian arrullado ya, en estelar florescencia, la primera fase deliciosa de su mocedad de oro.

El crepúsculo caia hácia los lados de la proa, en una vasta faja purpúrea que se desvanecia en lo alto en un color de rosa melancólico. Las aguas, allá, en ese límite aparente y lejano del mar, estaban surcadas, magnificamente, por largas estrias tremulantes de mica. Y allá arriba, en el zénit del firmamento, las primeras sombras de la noche rodaban ya, en todas direcciones, con su gasa leve y flotante de ceniza.

Ahí, á la vuelta, sobre la borda bamboleante, en sitios apartados, algunos pasajeros más rudos, que el relente no dispersara todavia, á pesar del oleaje, contemplaban también melancolicamente, en un vago escrutamiento, ora el esplendor del crepúsculo doliente, ora la barra obscura de la costa, retrocediendo poco á poco, retrocediendo siempre, á lo léjos.

Y el muchacho, aislado y taciturno, cada vez más alejado de todo, fijábase, todavia á los lados por donde el literal se abismaba, en un profundo recogimiento sobre el bando de las remembranzas.

En su cerebro desolado, danzaban, ahora, nebulosamente, en una iluminación lunar y nostálgica, todas las visiones más queridas de su infancia pasada. Y, en esa absorción íntima, en ese sueño etheral de doloroso recuerdo, los sufrimientos y amarguras de aquella separación, parecian adormecerse por instantes, como mecidos por la dulzura inefable de algún cariño, sangrando en lo hondo de su alma.

Pero, la noche descendia, muda y luctuosa envolviendo cielo y mar en un polvo denso de carbón. Y el espacio todo fuese cubriendo, lentamente, de una miriada infinita de puntos de oro, radiantes, que razaban aquí y allá con un trazo vivo de fuego, el hondo abismo de las ondas.

Entónces, él, de brazos sobre la balaustrada oscilante, irguió para lo alto, instintivamente, sus ojos melancólicos, y quedóse á contemplar las incomparables estrellas, bordando fastuosamente el espacio de pedrerias estrañas.

Su espiritu se detuvo largo tiempo, todo absorto en el esplendor sideral en una mística abstracción, invadido por un sentimiento jigante cuando un cántico sonó de pronto, hácia proa, allá abajo, en el convéz, por entre la tolda, trémulo y ronco como una canción desolada ó un gemir penoso y opreso de almas anhelantes.

Eran los inmigrantes slavos, cantando á coro, una de esas canciones remembrantes y nevadas, pero, llenas de una idealidad afectiva, de sus tierras blancas del Norte... Saturados todavia por la tristeza infinita de la vasta travesia atlántica. el alma henchida de nostalgia, en el recuerdo mecedor y perpétuo de la Pátria distante, explayábanse, resignados, dejando volar hácia el Azul, hácia las constelaciones, en una vaga melopea ritmica, su dolor de expatriados que se fundia á veces, con los sonoros *smorzando* y con la gemidora sinfonia de los cabos, y el silbar funerario del viento entre las vergas.

Arrancado, súbitamente, asi, al éxtasis contemplativo de su Sueño, rolando por las estrellas, bajó los ojos, tristemente, sobre aquella masa férvida de gente, apretada contra las amarras de proa, como un humilde rebaño, y de donde salia aquel canto doliente que reavivaba en su pecho las puas finas del dolor.

La noche en derredor tornose más densa en su negrura de tinta, mientras en lo alto las gotas de oro de los astros irradiaban más vividas y trémulas. El mar todo tenia la suntuosidad trágica de un manto de terciopelo extraño, estendiéndose sobre una llanura sin fin y cuyos pliegues movedizos ondulaban continuamente. aquí y allá, bordados por claridades azuladas y por un vago cabrilleo de lentejuelas.

El canto cesó como alados gemidos sin consuelo y todo volvió á quedar en el leve murmullo de las ondas y en los rumores esparcidos del vapor, marchando vigorosamente, para adelante, contra la onda que aumentaba su sinfonia gemidora.

En el horizonte, hácia el Este, venia apuntando, ahora, una ténue barra de claridad láctea, que vestia las aguas, á lo léjos, de vastas placas argentadas. Y, de ahí á los pocos instantes, la luna surgia, maravillosamente, cubriendo la estensión con su inmenso velario de tul.

Entónces, á proa, junto al castillo de abordo, en la amurada, donde bañaba la luna, una figura alta y blanca de mujer se irguió desde el medio de la masa negra bullidora de los inmigrantes slavos. Y una voz suave abrió su vuelo en la noche, en un ritmo lento y mecido, como un hilo de melodia de recuerdos.

Era una de esas canciones gemidoras de tierras rurales en algún plantio de Kherson, donde el hombre se bate con la tierra, el viento y la lluvia, al calor y á la nieve en una labor constante.

Los versos decian, en su cadencia vagarosa y lánguida, al trabajoso escarpir de la tierra al claror de las mañanas, el surcar de las carretas para las primeras plantaciones, la incesante vegetación de los terrenos gramillosos, el verdear alegre de las plantas, el crecer floreciente de las mieses, el maduramiento de las espigas doradas, el amoroso cantar de las espigadoras y el brillo profuso de los granos en grandes montones, en medio de la paja fofa. Todo eso mezclado con las alegrias, las esperanzas, las tristezas, y las desgracias de los pobres *moujichs* harapientos. Y las estrofas finales daban la emoción psicológica, el dibujo vago y vaporoso de un idilio de campo en la amplitud plana de una estepa sin término, oyendo las campanadas gemebundas del Angelus en la torre de un campanario lejano, al márjen de un rio espejador, donde dos jóvenes se besan y se abrazan, tiernamente, en un último adiós de cosecha acabada, sobre un poniente sanguinolento...

Todos, á una, se habian adormido, en el silencio de las cuchetas con la somnolencia de las altas horas de á bordo, en medio de continuos balanceos. Y sobre la tolda, el muchacho levantábase, soñando con sus amores pasados de su aldea distante, mecido espiritualmente por el ritmo acariciador y bendito de la canción campesina.

Y la doncella slava, magnifica, á la luz de la luna, en una albura de Visión, de pié contra la borda, apoyada á las járcias, el bello rostro de ópalo, vuelto al cielo, como abismada, soltaba el viento y á las ondas, apasionadamente, las notas deliciosas de de aquella balada blanca.

VIRGILIO VARZEA.

Rio de Janeiro, Noviembre de 1897.

DESDE LA REJA

En dura cárcel de doradas rejas
Cautivo un tordo sus lamentos lanza:
Yá son arrullos, que parecen quejas;
Yá acordes, que son gritos de esperanza.
Poco ántes libre, de su amada al lado,
De su nido al calor, fuerte en su vuelo,
Fundaba su ventura en verse amado
Y en recorrer la inmensidad del cielo.
Frente al muro, en que se halla suspendida
La jáula de metal, se alza un sombrío
Arbol cimbrante, cuya copa erguida
Cubrió de flores el ardiente estio.
Un crepúsculo, el tordo su mirada
Fijó del árbol en las rojas flores,
Viendo á un nuevo galán y á su adorada
Besándose en la alcoba de verdores.
Doliente y loca y en celoso exceso
Lamenta el ave su ilusión perdida,
Y resuenan al par un doble beso
Y un canto de suprema despedida.
Huye con susto la gentil pareja,
A la que el grito aquel asombra y hiere,
¡En tanto el ave, tras la dura reja
De su prisión, desesperada muere!

CÁRLOS ROXLO.

Montevideo, Noviembre 16 de 1897.

Impresiones de Campo

Reconstruyendo recuerdos que llenan el alma de inefables alegrias, acuden á mi memoria los momentos de solaz y abandono que lentos he visto transcurrir en compañia de las selvas y sus sombras, de los pájaros y sus trinos, de las flores y sus perfumes, de la Naturaleza, infinitamente grande, y el corazón infinitamente pequeño...

En los rumores de nuestros bosques, poblados de aves de variada pluma, donde el sabiá deja oir su canto melodioso y el colibrí construye flexible nido en la rama colgante; donde el jilguero entona el himno bienhechor de la esperanza y la torcaz enamorada llora la ausencia del amado que no

ha de volver;—en el murmullo de los ríos que se deslizan plañideros sobre lecho de plata, y sobre cuyas aguas la tímida golondrina pasa rozando sus alas con temor, y la gaviota humedece su blanco plumaje para luego secarlo al tibio calor del sol de otoño,—contemplando á lo léjos escarpadas lomas, colinas eternamente rebozando primavera; donde se estrechan en íntimo consorcio con los corpulentos árboles que elevan sus copas gigantescas como desafiando al cielo, trepadoras enredaderas, celestes junuqillos, margaritas silvestres, guirnaldas ondulantes, flotantes lianas, que, entretejidas en las alturas, forman glorietas de fresca y amena sombra y embalsaman el ambiente con perfumes inimitables, — en medio al despertar de la naturaleza que nace de nuevo á la vida, á la luz, al movimiento, á la harmonía, me he sentido inmensamente feliz y he dejado vagar el alma por el ideal de los ensueños, como vagara otrora la suprema promesa de la humanidad sobre las aguas sagradas del Jordán.

A la hora del crepúsculo, melancólicamente encantadora, que con tanta elocuencia habla al sentimiento, tiene el campo seducciones y prestigios incomparables. Solo interrumpe la infinita monotonía del silencio, de cuando en cuando, el piar de alguna ave que cruza presurosa el espacio, el balido de la oveja extraviada que busca el rebaño distante, el silbo de la perdiz que alza el vuelo y se oculta en el matorral vecino, el trino lejano de la calándria que parece remedo de música sagrada.—Las sombras se van ennegreciendo poco á poco, y luego empiezan á brillar en la altura, como engarzadas en tules de pálido azul, miriadas de estrellas...

Y allá, á lo léjos, vagando por la playa solitaria, sobre las ondas movibles del mar, sobre las colinas, las cuchillas y los montes, la brisa primaveral saturada de perfumes, ó el pampero con toda su fiereza....

En todo lo que se agita, en todo lo que vive, me parece vislumbrar la imágen de la eternidad que avanza, impalpable y muda como la sombra de una ruina.......... .

Entónces la realidad de la vida me sustrae á las ternísimas expansiones de la inexperiencia, que son la música del alma y la alborada de la mente, y bajo la presión de extraña causa contemplo el desfile de los sucesos que se producen y pasan, de los que rien, de los que lloran, de los que quieren, de los que olvidan. Siento algo como una ráfaga de los polos que me hiela y esteriliza para las sensaciones dulces, y me convenzo de que todo tiene su fin cercano é irremediable, de que hay en el fondo de todas las felicidades un dejo de infinita amargura, de que todo lo que alienta va á sepultarse en un abismo inmenso de donde no ha de volver, de que ilusiones y esperanzas, amistades y pasiones, todo murmura: ¡¡paso!! todo repite ¡¡adios!!.....

SARA JULIETA ARLAS.

Montevideo, Noviembre 20 de 1897.



Catarata del Salto Grande, en el Río Uruguay — (De fotografía.)

NEC AUFERETUR AB EA

Satán rebelde, en su furor insano
Lanzó la osada mano
Que con afán sacrílego arrancara,
La fúlgida diadema
Maravilla del oro y de la gema,
Filial símbolo humano
Con que tu pueblo fiel te coronara.

Satán, Madre, Satán, para que ultrajen
A la doncella que aplastó su frente
Aguijonea á la menguada gente,
Y después de la Cruz, odia tu Imájen.
Más en su insania secular olvida
Que su ira imbécil siempre fué vencida.
Dios, que perdona al pecador que ofende
Su Amor, su Omnipotencia y su Agonía,
De justiciera indignación se enciende
A la menor ofensa hecha á María.
Humanos! es su Madre!... ¡no os asombre,
Que en esto, haga lo mismo Dios, que el hombre!

Burlado ruge el pérfido enemigo;
La espada del castigo,
Cae vengadora sobre el sacrilegio;
Y el Pueblo de María
Repone con transportes de alegría
En la Sien Maternal el nimbo régio

RAFAEL FRAGUEIRO.

Villa del Lujan (R. Argentina) Octubre 24 de 1897.

¡TODAVIA...!

« Nunca te olvidaré! » me repetía,
De mi abrazada, delirante, loca;
Avivando los besos de su boca
Aquella hoguera que en mi pecho ardía;

Pero, el hielo del tiempo, día tras día,
Cayendo al corazón, como en la roca
El mar bramando con fiereza choca
Hasta vencér la indiferencia fria.

Asi triunfó de su pasión;—y cuando
Al recordar su agravio la maldigo,
¡Desdichado de mi!—clamo llorando;

¡ Es que siento sus besos, es que sigo
Estrechado con fuerza al seno blando,
Y quiero maldecirla .. y la bendigo !

UBALDO RAMÓN GUERRA.

Las Piedras, Noviembre 20 de 1897.

EL MEDALLÓN

Catullemendiana

En lo más recóndito de una mina yacian desde tiempo inmemorial, una pepita de plata y un tosco pedazo de plomo.

Aunque eran de distinta categoría social, estaban dispuestos á desposarse siempre que él lograra hacerse digno de la nobleza de ella.

Cierto dia un minero recogió el cuarzo que servia de lecho á aquellos dos séres nacidos para amarse, aunque una sangre bien distinta corria por las venas de ámbos. Cruelmente fueron separados y quién sabe cuando se volveran á juntar.

* * *

Luis y María eran prometidos desde su más tierna infancia.

Ella era de una hermosura rayana en lo sublime. El era un gallardo oficial del ejército.

Tambien una sangre bien distinta corria por las venas de ámbos. María era princesa, Luis era plebeyo.

Y, como el pedazo de plomo, esperaba tener gloria para unir su vida á la de la que amaba.

La guerra cruel manchaba con sangre de hermanos los campos de batalla. Luis tuvo que partir para la guerra.

--Llévate este medallón--le dijo llorando María, para que mi recuerdo no se aparte de tí ni un solo instante.

Aquel medallón habia sido hecho con la pepita de plata y tenia finamente cincelada la hermosa imágen de María.

*
* *

La batalla habia comenzado, Luis marchaba á la cabeza de su regimiento.

Luis dió la voz de ataque y se lanzó al galope de su caballo contra la fuerza enemiga.

En lo más árduo de la pelea, certera bala vino á herirle en medio del pecho, volteándole del caballo. Luego que fué recogido, el médico extrajo la bala que yacia envuelta en el medallón de plata.

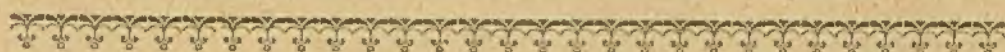
Luis que se habia portado valientemente en la batalla, fué ascendido y desde entónces podia aspirar á la mano de su María, pues su heroismo compensaba la nobleza de aquella.

También el tosco pedazo de plomo habia ascendido.

¡Habia herido á un oficial! y desde entónces podia esperar á la mano de su amada, la pepita de plata. El pecho de Luis fué el templo donde se unieron en matrimonio.

Otto Miguel CIONE.

San José de Mayo, 19 de Noviembre de 1897.

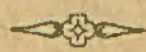


Así como el espectro luminoso
emite el rayo azul
para dar el color verde á las plantas
pálidas sin su luz,
el rayo verde de tus ojos bellos
en mi alma penetró,
y las horas grisáceas de mi vida
azules las volvió!

Adela CASTELL.

Montevideo, 1897.

EROTISMO.....



Para Otto Miguel Cione

Entre celajes de zafir y de oro,
con matices de grana;
al nacer de una aurora diamantina,
que bañó al mundo con sus tintas màgicas,
mujer fascinadora,
su faz mostraba, encantadora y pàlida.

Los cendales de bruma, transparentes,
sus formas mal velaban...
divinas formas, seductoras curvas,
que una Vénus helénica envidiara,
espléndido modelo
de la belleza lujuriante plástica...

Un estraño fulgor en sus pupilas,
intensísimo, irradia;
entreabiertos, los làbios voluptuosos
tibio respiro de pasión exhalan
y dichas mil promete
el reclamo febril de su mirada...



Edificio de la Jefatura Política y de Policias de Tacuarembó — (De fotografía)

¿Quién engendró la aparición divina
que, cual volcán de llamas,
enciende los deseos concupiscentes,
que á los sentidos con furor abrasan,
deseos indomables,
que dentro el pecho lúbricos estallan?

¿Quién?..--La pasión sensual que me devora,
que dá vida á mis ánsias
y que sueña con vírgenes lascivas,
que el alma incendian con carícias cálidas
y brindan los placeres,
que á las artérias con su fuego inflaman.

Esa pasión, raudal incontenible,
que todo lo avasalla,
la que, en oleadas de caliente sangre,
por mi materia ardiente se derrama
y con goces delira
que en espasmos frenéticos acaban!...

Juan Cárlos MENÉNDEZ.

San José de Mayo, Noviembre 19 de 1897.

A MISA

Está furiosa. Roja de ira grita á Rosalía:

—Rosalía! china perra, ¿dónde están los polvos? Seguramente te has revocado la cara para que te viera ese mequetrefe de la vuelta! ¡Véan qué facha! Por lo linda... ¿Si te habrás creido que valés más que la niña y que yo? Cuando vuelva Juan le diré que te entregue al tutor. Esto es un escándalo! Me levanto, y no encuentro jabón, ni agua, ni peine, ni esencias, ni nada! Qué hacés por la mañana? Mirar á ese *macaco* que te arrastra el ala....

Los ojos de Rosalía fulguran. Corre de aqui, corre de allá, con frascos, polveras, vestidos y cajas.

—Pero, señora...

—No me contestes, pícara! Dios mio! Vamos á quedar en pecado mortal! No alcanzaremos la misa de 10. Por esta... ¿No oyes el primer toque? Mira: préndeme los botones del zapato. ¡Qué fastidio con este rulo!

*
* *

Rosalía entra al cuarto de la niña. La niña declama, con ruidosos suspiros:

«Allá en el fondo de una obscura tumba,
Entre esperanzas de cenizas yertas.... »

Se interrumpe:

—Rosalía! ¿Estoy bien? ¿Este carmín es natural? Ah! sí! Cuando *él* me contemple en el átrio, me ha de creer una diosa. ¡Y qué versos hace! Mira este soneto. ¿Entiendes? Es para mí. Me llama hada, huri, sultana, delicia y otras cosas. ¡Qué bueno! Algunas veces me ruborizo. ¡Es tan cariñoso! Lo que no puedo aguantar son sus cuellos. ¡Qué cuellos! Arréglame esta cinta. Pónme la capa. ¿Qué opinas? Adorable, ¿no? ¡Qué envidia á las de Ganzopavo, esas zonzas, muñecas antiguas. ¿Y tu novio? Es distinguido. No sé cómo te quiere á ti... Yo lo desprecié por mi poeta...

La niña se pasea. Su talle delgado, su semblante exhuberante de coloretes, sus lentes de oro, le dan aspecto de solterona, adornada cual florero de invierno.

*
* *

La señora llega. Es una fragata. Gruesa, resoplando, crugientes las sedas y las enaguas.

—Rosalía! El libro de misa. Hijita de mí alma! Qué preciosa estás! En viaje. Suena el tercer toque... Eres un *bibelot*.

--Mamá, ¿qué es eso de bibelot? No lo he visto en el *Album de las Damas.*

--No sé, pero lo he oido en lo Testaca. Debe ser algún dulce muy rico. Son tan golosas las muchachas.... Rosalia! acomoda la casa.

--Mamá, la casa está acomodada. Dirás tú los muebles y demás enseres.

--Sí, sí. Hasta luego.

Salen dejando una estela de perfumes.

* * *

Rosalia penetra al cuarto de la señora. Se pone polvos. Empapa sus vestidos con esencias. Mira en el espejo su lindo rostro trigueño, de criolla de veinte años.

Y se rie.

--Macaco mi novio! Qué ocurrencia! Respiran por la herida.... Como que he desbancado á la niña!...

MANUEL M. OLIVER.

DE JORGE ISAACS

(INÉDITOS)

LA TIERRA MADRE

Envejecido en el dolor, ya quiero
dormir en tu regazo, vega umbría,
do el Cali en sus murmullos repetia
cantos de mi niñez y amor primero.
Sobre la verde falda del otero,
de naranjos cercad la tumba mia,
do arrullos se oigan al morir el dia
y trisque y zumbe el colibrí pampero.
No pongáis los emblemas de la muerte
de mi vida futura en los umbrales.
Ni polvo fué, ni en polvo se convierte
la esencia de los séres inmortales...
Ascender es amar, odio es caída,
y orbes sin fin la escala de la vida.

TEN PIEDAD DE MI

Señor! si en sus miradas encendiste,
ese fuego mortal que me devora;
si en su boca fragante y seductora
sonrisa de tus ánjeles pusiste;
Si de tez de azucena la vestiste
y negros bucles; si su voz canora,
de los sueños de mi alma arrulladora
ni á las palomas de la selva diste,
perdona el gran dolor de mi agonía
y déjame buscar tambien olvido
en las tinieblas de la tumba fria.
Olvidarla en la tierra no he podido,
¿cómo esperar podré si ya no es mia?
¿Cómo vivir, Señor, si la he perdido?

JORGE ISAACS.

María Luisa Péndola

(Conclusión)

Hé aqui algunos versos de su poesia la *Estatua:*

Amo tus rojos lábios que destilan
Roja sangre de hielo.
Amo tus ojos negros, modelados
En dos diamantes negros.

Amo tu cuello blanco—blanco cisne—
Y tus manos de lirio perfumado,
Y tu frente de nácar, y los hilos
De sombra de tu negra cabellera.

Pero la poetisa bien sabe que no tien alma la estátua. No obstante, hay un alma misteriosa que besa la suya en sus noches de inspiración y que será el alma de la estátua.

A tu serena fuente de belleza
Esa alma hermosa te daré por alma.

En la composición titulada *Ensueños* la decoración cambia. Ya no es la blanda niña la que en su imaginación forja una estátua, sino la poetisa inspirada que, de codos en la ventana de su habitación, contempla la luna y sueña, sueña y vuela con su pensamiento hácia desconocidas regiones, donde oye palabras que hacen reir y otras que entristecen todo, ello mezclado á los rumores del céfiro que enamorado de las flores las regala con caricias y temblorosos acentos. Estas, á su vez, retribuyen los galanteos del céfiro hasta que la poetisa interviene glorificando estos amores, pero prefiriendo á las últimas de la volubilidad del viento.

Es esta una bella composición. Representa el estado de alma de la poetisa en el instante de escribirla: sus gustos al par que su melancolía de sombra. La divagación cambia tan á menudo como su pensamiento. Dice ella:

Baño de plata, que caes,
Di ¿de qué alma, rara, inmensa,
Que estando en lo alto del cielo
Del fondo en el lago juegas?

Y después de hacerse esta pregunta abre las alas del ensueño y vuela como una golondrina en busca de otras naturalezas.

Espíritu eminentemente artístico, no halla nunca el sitio que más convenga á su fantasía; naturaleza eminentemente inquieta, deja que el espíritu sufra la sensación del pensamiento, si bien este tiende con más frecuencia á la soledad y á la bruma.

No me queda la menor duda, que si Maria Luisa Péndola hubiese vivido, un alto puesto lo habria conquistado en la poesia de América.

Pero ya que tú, extraña flor melancólica, te has ido, recibe, por intermedio del hada de mis ensueños, mi ramillete de lirios y mi trémulo adiós.

EUGENIO DIAZ ROMERO.

DE ULTRATUMBA

(INÉDITA)

Debido á la amabilidad de una distinguida señorita argentina, que actualmente reside en Montevideo, ofrecemos á nuestros lectores la inspirada poesia inédita *De ultratumba*, original del eximio poeta boliviano Ricardo Mujía Linarez.

En el alma tengo frio
Al sentir que se consume
La pobre flor sin perfume
De mi existencia ¡Dios mio!
¿Es ambición, es hastio.
Es desengaño profundo?
¿Por qué marcho vagabundo
Fijos arriba los ojos
Pisando agudos abrojos
Sobre la senda del mundo?
¿Por qué si es falso el miraje
Que contemplo en mi tristeza,
Me habla la Naturaleza
Con su divino lenguaje?
¿Por qué es tan largo el viaje
Por rutas que dan espanto?
¿ Por qué ese soberbio manto
De estrellas, que ostenta el cielo,
Para cubrir nuestro duelo
Y nuestro mísero llanto?
¿Por qué esa eterna atracción
Del infinito á la mente
Si se conoce y se siente
Que es *materia* el corazón?
¿Por qué alumbra la razón
Como sol amortiguado
Las ruinas de lo pasado
Las brumas del porvenir?
¿Por qué anhelamos *vivir*
Si es *morir* lo decretado?
. . . .
. . . .

Mi corazón que era fuerte
Como una flor, se deshoja,
Yo miro que me despoja
De toda dicha la suerte,
Es bien supremo la muerte
Pero... no quiero morir,
Quiero mi ser confundir
En el perfume, en la estrella,
Dejar mi sombra, mi huella,
Conquistar al porvenir!
Al caer en la tumba herido
Quiero alzar la frente ufana
Y decir *hasta mañana*
A los séres que he querido;
Y recoger su gemido,
Y velar en toda cuna,
Y ser un rayo de luna
Que alumbre pálidas frentes,
Y dar la dicha á torrentes
A los séres sin fortuna!
Quiero ser la luz que brilla
En la inocente plegaria,
En la perla solitaria
Que cruza por la mejilla,
Ola que empuje á la orilla
Al náufrago que se cansa,
En la tempestad, bonanza,
En la flor mústia, una gota,
En la canción, una nota,
En el alma, una esperanza!
Y cuando la adversidad
Esclavice á un pueblo honrado
Quiero ser el grito ahogado
Que ruja la libertad,
Ser entónces tempestad
Que haga temblar con su acento
Y ponga el remordimiento
En el tirano que oprime.
Y en el pueblo, esa sublime
Esplosión de sentimiento!
Entónces fuera dichoso,
Entónces ¡oh dulce muerte!
La crueldad de mi suerte
Bendijera valeroso.
¡Tumba querida, reposo
De los humanos dolores,
Ven, y guarda los amores
De una alma de dicha ansiosa
Aunque en mi anónima loza
No haya lágrimas ni flores!

RICARDO MUJIA LINARES.

La Paz (Bolivia) Agosto 7 de 1895.

¡Cesante!

Elementos de novela

POR

Pedro C. Miranda

(Conclusión)

IV

Un suceso desgraciado acaecido un dia, momentos antes de cerrarse la oficina, cambió esta vida de Don Casto, tan normal en tanto tiempo, cuyo suceso el buen hombre solia relatarlo casi con lágrimas en los ojos. El mozalbete de los versos y de la nariz de pico de loro le pidió prestado á Don Casto dinero para cigarrillos, con la consabida promesa, ó mejor dicho, fórmula de la devolución al dia siguiente, sin falta. Don Casto no pudo satisfacerlo; hallábase en el cuarto mes, vale decir sin un medio, y para dar fé de ello, sacó fuera todos sus bolsillos vacios: «No tenia un solo céntimo....» «Ni de donde sacarlo...» «Ya todo habia marchado camino de la casa de préstamos...» «Su reloj, su cadena, todo, ya no le queda nada...» «Sentia en el alma, pero...». «No habia más remedio... tener paciencia...» El mozuelo se picó; lo llamó avaro, roñoso, ignoranton; los otros aplaudian y reian á carcajadas, incitando al compañero para que anduviera sin reparos con aquel «vejete *cursi*», decia uno; aquel «tio, mamarracho andante,» otro; aquella «bestia de carga», aquel «animalucho», otro; y así; todos e los

insultaban sin el menor cargo de conciencia al pobre viejo, al honradisimo empleado, faltaban al respeto á aquellas canas nácidas en su cabeza en su laboriosa vida, allí, en aquella oficina de la cual él era la honra, y que ellos desdoraban con su conducta criminal y con sus ineptitudes y holgazanerías. Él, tan bendito, tan manso, seguía pasivo hasta que el otro tomando alas con aquella su pasividad, con aquella mansedumbre de cordero, se atrevió á zamarearle de las solapas de la levita... Entónces Don Casto, sintió correr como un fuego por todo su cuerpo, sintió unos deseos locos de atropellar, de morder, de arañar y se echó como un lobo hambriento sobre su contrincante que le sacó el cuerpo... Ardió troya! Aquello fué una bacanal de golpes y ruidos. Don Casto, bufando, repartia á diestra y siniestra, manotadas, mordiscos y puntapiés. Estaba transformado, desconocido; echando chispas por los ojos, castañeteando los dientes, y apretando los puños... Ellos le gritaban y lo azuzaban como á un perro; uno lo capeaba con un tapete, como si fuera un toro; otro le metia el cabo del plumero por el cogote, á guiza de banderilla; le tiraban con pelotas de diarios y todo lo que les venia á mano. De repente, el infeliz, mareado, sofocado, enceguecido ¡cataplum! cayó de bruces y todos aquellos foragidos se arrojaron sobre él como una manada de tigres, dándole de golpes, castigándole bárbaramente, rasguñándolo, pisoteándolo, hinchándole un ojo de un puñetazo feroz, sangrándole las narices... El misero gritaba como un energúmeno, pedia socorro... Acudió el gefe. Los otros huyeron como liebres yendo á acurrucarse detrás de sus mesas. Este mismo lo levantó, cogiéndolo del cuello de la levita... Estaba hecho un *ecce homo*. la ropa ensangrentada y hecha trizas, sin corbata, sin cuello, la cara llena de rasguños, las narices chorreando sangre, un ojo completamente desfigurado... Luego, el jefe echó su acostumbrada visual sobre los empleados y alrededor de la pieza, giró sobre los talones y se marchó sin decir una palabra.

*
* *

Al dia siguiente, en momentos que Don Casto se alistaba para marcharse á la oficina, con la puntualidad habitual recibió una nota del gefe. Despues de leerla; pálido, temblándole todo el cuerpo, sin poder apenas sostenerse en pié, llamó á grandes voces á su mujer, para enterarle del contenido...

Habia quedado cesante!

PEDRO C. MIRANDA.

Montevideo, Noviembre 20 de 1897.

UN CRITICO

Este tipo que vés, flaco, amarillo,
De basilisco los pequeños ojos,
Que almuerza rabias y que cena enojos,
No es, como supondrás, tonto ni pillo.

Un critico pichón, un critiquillo,
Que busca, con su critica de antojos,
En todo, verso ó flor, ripio ó abrojos;
Y lo escribe en lenguaje de chiquillo.

Parásito de imprenta desmedrado,
El vive, con su trompa de mosquito
A los faldones del patrón pegado.

Nuevo Quijote que sus armas vela,
Ya siente el ódio histérico é infinito
De todo el que se arrastra á aquel que vuela!

FRANCISCO C. ARATTA.

Montevideo, Noviembre 20 de 1897.

SEPARACIÓN

¿Dónde estás, dnóde estás, gentil criatura,
Que has brillado en mi vida un sólo instante,
Como relámpago en la noche obscura
Dejando un rastro trémulo y brillante?
Vivi contigo noches de ternura,
Oyendo el eco de tu voz vibrante,
Noches de amor de besos, de locura,
Que aùn gimen en mi vida agonizante.
Después... vino la paz, llego el hastío,
Cubrió el olvido nuestra edad dichosa
Y se apagó el volcán del pecho mío.
Separamos en dos nuestro destino:
Tu, seguiste tu senda luminosa;
Yo, continué mi tétrico camino.

ANDRÉS A. DEMARCHI.

Montevideo, Noviembre 20 de 1897.

CANTO, PERFUME Y COLOR

La alondra dijo un dia:
--He oido el canto de una alondra.
Y la nube rosada, que acertaba á pasar por ahi, dijo:
--Es tu canto el que has oido.
--No, dijo el ave; no es mi canto.
La violeta dijo un dia:
--Ha llegado hasta mi el perfume de una violeta.
Y el tupido césped, en que se mezclaban diminutas fresas, dijo:
--Es tu perfume el que has aspirado.
--No, dijo la flor; no es mi perfume.
La púrpura dijo un dia:
--He visto el color encendido de la púrpura.
Y el armiño del manto cardenalicio que arrastra por las gradas del templo, dijo:
--Es tu color lo que has visto.
--No, dijo la púrpura; no es mi color.
Entónces la alondra, la violeta y la púrpura exclamaron:
--¡Es bien estraño, y no se esplica, que haya canto de alondra que no es de alondra, perfume de violeta que no es de violeta, y color de púrpura que no es de un manto de púrpura!
Pero yo, que les estaba oyendo, exclamé:
--¿De qué os asombráis? Bajo la rosada nube, entre el césped mezclado de fresas y por las gradas del templo, Magdalena ha pasado con su voz musical, un embriagador perfume y sus lábios rojos, muy rojos....

CATULLE MENDÉS.

AL BACHILLER SECCO ILLA

SONETO

¿ Quiéres combate ? y bien, combate séa !
Si quieres lucha, cala la visera,
Empuña el arma que tu empuje espera,
Y nuevo paladin el mundo vea.

Y lánzate al entrevero en la pelea,
Destroza por doquier ! y en la primera
Arremetida de tu lanza fiera
Caiga el Quijote que tu mal desea.

¡ Oh corazón que ardientemente lates,
Tu rostro se verá transfigurado
Mientras, sonriente, con valor te bates

Lucha como un león en cièn combates !
De viejas lides férvido cruzado
Lucha como un león, no te *abatates* !

PERECITO.

Montevideo, Noviembre 20 de 1897.

LA PLUMA

--¿De qué se trata? ¿de conmover el mundo?--dijo arrogante la *palanca*--Yo lo volcaré.
--¿De qué se trata?--preguntó con fiereza la *espada*;--¿de dominar el mundo? Yo lo sojuzgaré.
Luego vino la *pluma*, y sin sobérbia dijo:
--Yo lo levantaré.
A la palanca le faltó el punto de apoyo; á la espada, el brazo inmortal; la pluma extendió de polo á polo la alada fuerza de las ideas, volaron éstas y los pueblos sintieron como si el viejo mundo se alzase más en el éter, en marcha hácia la luz....

NICANOR BOLET PERAZA.

NÉLY

No hace muchos dias salia yo de Paris por la linea del ferrocarril del Este, en dirección á Chateau Thierry; iba á cumplir con un deber penoso.
La madre de Nély habia muerto.
Nély es una institutriz; me encontré una vez con ella en el camino de la vida: hace de esto algunos años. Aún jóven y hermosa en aquel tiempo, mostraba en sus ojos cierta melancolia que prestaba mayor encanto á su belleza: nada más interesante para un observador que verla cruzar la sala, entre la sorda envidia de las mujeres y el reprimido deseo de los hombres, sentarse al piano, y con la mirada perdida vagamente en el infinito, entonar el *aria* fascinadora de *Mignon:*

«*Connais tu le pays où fleurit l'oranger,*
le pays des fruits d'or et des roses vermeilles
où la brisse est plus douce et loiseau,
où dans toute saison butinent les abeilles? »

La pobre Nély ha conocido el pais de Mignon, pues nació en él: ella también, como la jóven bohemia idealizada por Goethe y Thomas, sintió embriagarse su primer aliento en el aroma de los naranjos de Niza. Como Mignon, ha perdido el camino que conduce á la nativa luz, y de aquel rayo dorado de sol, sólo vagan ya por su espiritu, muy ténues reflejos.
La madre de Nély era una *lady* respetable y distinguida; el padre, un antiguo secretario de Lamartine y autor dramático que en la escena francesa tuvo su época de buena fortuna: en el repertorio de Scribe, Anicet Burgeois y de Melésville, encontraréis muchas veces su nombre.
Separados los padres de Nély, cuando aún esta era muy niña, Nély siguió á su madre. Ricamente dotada por un pariente materno que al morir la legó todas sus riquezas, Nély recibió una educación brillante como hay pocas; á la edad de veintiun años poseia los principales idiomas europeos, habia recorrido todo nuestro continente, éranle familiares las literaturas de todos los paises, y en la pintura y en la música, hallábase dotada de un sólido temperamento artístico.
Pero poseia algo que vale más que todo esto. Sobre esa educación que podriamos llamar *exterior* y *tangible*, poseia esa otra educación que va siendo tan rara, eminentemente subjetiva y moral, que dirige las propias ideas, los propios gustos, las propias inclinaciones en un sentido de rectitud, de dignidad y de grandeza, que despierta en el espiritu una sed generosa y latente de justicia; que eleva el pensamiento sin esfuerzo alguno par encima de las preocupaciones que tienden á humillarlo, y que al abandonar con una sonrisa goces que el mundo se disputa, guerra mortal y encona-

da, marca el sello distintivo de los grandes caracteres y de los grandes corazones.

Era pleno invierno: Nély y su madre se hallaban en el corazón de Rusia agasajadas por aquella aristocracia poderosa, cuyos soberbios palacios se alzan perdidos en la estepa. Todo sonreia á la hermosa muchacha; en los salones de Moscow los más brillantes uniformes agrupábanse en torno de aquellas crenchas de cabellos rubios, que, tentadores, flotaban sobre los hombros de Nély.

De pronto llegó á sus oidos una triste noticia: su padre, á la sazón en Varsovia y comprometido en una especulación arriesgada, después de perder su fortuna, estaba á punto de perder su honor: los recursos que poseia no bastaban para hacer frente á las consecuencias de aquella especulación desastrosa. Entonces Nély se lanzó en un trineo, á través de la estepa desierta, á través de los rios helados, desafiando el peligro y la fatiga, viajando en brazos del torbellino, desgarrando el seno de las noches crueles, pasó jadeante las aguas petrificadas del Vistula y cayó á los pies de su padre, sin fuerza apenas para entregarle todo aquel dote con que pudo, quizás, ser dichosa.

--Nély, te quedas en la miseria. Me sacrificas tu porvenir. ¿Qué harás mañana, hija mia?

--¿Que qué haré mañana?--contestó ella. --Me haré institutriz. No seré la única en el mundo.

Y al dia siguiente entraba de institutriz en casa de una familia polaca.

—

En la carta en que Nély me invitaba el otro dia al entierro de su madre, leo la frase siguiente: «Vos que habéis hecho por nosotros lo que nadie ha hecho, no dejaréis de dedicar á mi madre este último sacrificio».

¿Lo QUE NADIE HA HECHO! Me he sentido agitado de un frio estremecimiento al leer estas palabras... Por qué, en resúmen, ¿sabéis lo que yo hice?... ¡Ah, una cosa bien insignificante!...

Era en Madrid donde--como he dicho al principio--me encontré hace algunos años con Nély. La casa en que la conocí, por una de esas catástrofes que cambian la faz de una familia, se dispersó á los cuatro vientos... Los inevitables *cuervos* llegaron; la pobre Nély, de pronto, sin techo ni hogar, con su madre enferma y en tierra para ella extraña, vió cernerse en torno suyo el siniestro bando. Yo, á bien poca costa, pude sacarla de entre aquellas garras salvajes y Nély se vió libre.

Eso fué todo. Y después de algunos años que ha ido esparciendo su instrucción admirable, en el seno de encumbradas y opulentas familias, dejando á través de tan penosa tarea su belleza y su juventud, ¿no es verdaderamente desgarradora esa frase que Nély me envia, en momentos terribles, desde el fondo de su alma?

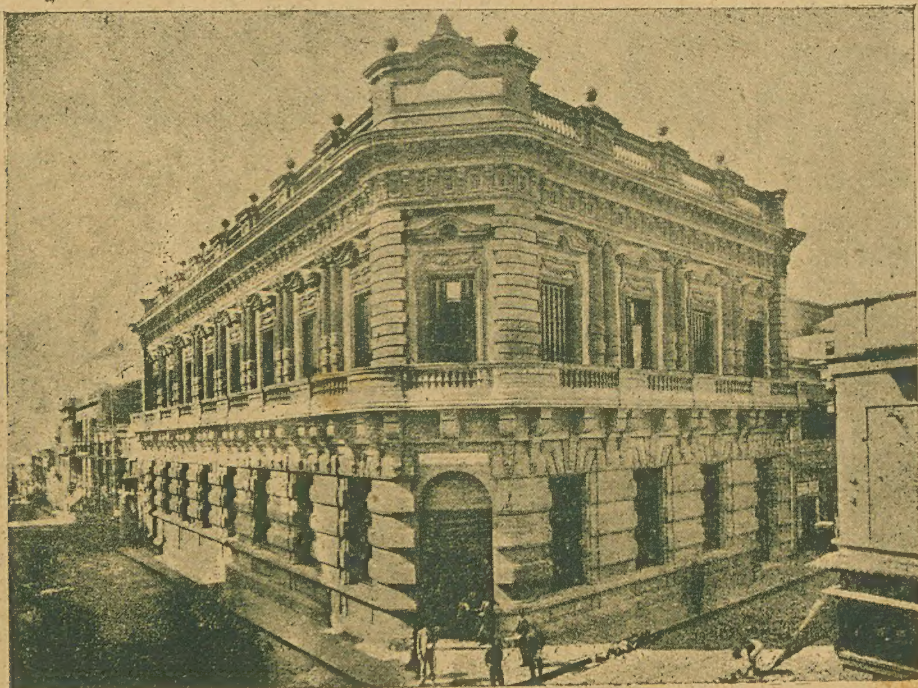
Los que en Madrid han visto á Nély--pues son muchos--hoy no la conocerian. Nada queda en su rostro de aquella fresca hermosura de otro tiempo; su alegria sencilla y franca ha desaparecido también. Hoy Nély parece un cadáver.

A la semana siguiente de morir su madre, la pobre muchacha partia de Chateau Thierry, habia concluido allí su misión. Sola, envuelta en su luto, la he visto de pié en una estación del ferrocarril, con su pequeña maleta sobre el andén y un saco de viaje en la mano. ¿A dónde iria? No es fácil adivinarlo: á llamar á otra puerta, al Sur ó al Norte, en el primer tren que pasara en cualquier sentido.

Y Nély no es la única, ¡oh, autores dramáticos que buscáis inspiraciones generosas y profundas!, ¿cómo no habéis puesto todavia en escena ese gran drama que podria titularse *Una institutriz?*

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

Madrid, Noviembre de 1897.



Palacete de la Legación de Inglaterra y de la compañía de Navegación del Pacífico, en la ciudad de Montevideo — (De fotografía)

AMOR Y HUMO

Un cigarrillo está muy pronto fumado: cuando es algo bueno y no se consume con una velo cidad lamentable. Pero con todo y ser tan efímera su existencia, basta para ocasionar todo un drama, como por ejemplo el que me ha referido una persona de cuya veracidad me atrevo á responder.

Viajaba por la linea de Marsella á Burdeos en un compartimiento de primera clase un negociante domiciliado en la primera de dichas ciudades, que se dirigia á la segunda con el deliberado propósito de contraer matrimonio con una hermosa jóven viuda.

Y matrimonio ventajoso por más señas.

En la estación de Narbona subieron al compartimiento ocupado por nuestro hombre, otros dos viajeros: macho y hembra. De estos mismos vocablos se sirvió el narrador cuyo relato trato de producir lo más fielmente posible.

Al cuarto de hora de ponerse nuevamente el tren en marcha, el negociante sacó un cigarro de su petaca y lo encendió con toda la tranquilidad de un alma honrada y convencida de la bondad de su derecho.

Pero apenas habia llevado á cabo esta preliminar operación, el viajero masculino que acompañaba á la viajera femenina (y perdonen el pleonasmo), dijo con acento desabrido é imperioso.

--Señor mio: haga usted el obsequio de tirar su cigarro; el humo de tabaco nos incomoda.

--¿Y qué quiere usted que yo le haga?--repuso con mucha flema el fumador-- ¿por qué subian ustedes?...

--¡Cómo, porqué subiamos!....¡pues me gusta!....¿acaso no tenemos el derecho de subir aqui?

--Si, pero no tienen el de impedirme que fume cuanto me dé la gana.

--Los reglamentos, lo prohiben caballero!

--Los reglamentoo lo permiten...en los compartimentos destinados á fumadores y éste es uno de ellos.

El interpelante, aplastado por esta revelación, se quedó como un adoquin mientras que el fumador proseguia saboreando su pitillo con una risita sardónica, que exasperaba más y más á la pareja.

Esta, á riesgo de pillar una pulmonia--

JUAN BUSCON.

(Concluirá).

Establecimiento gráfi o á vapor, Convencion 82.